

LO POLÍTICO Y LO ECONÓMICO: DOS ALTERNATIVAS.

JOSÉ C. VALENZUELA FEIJÓO.¹

“El poder y la libertad son cosas idénticas”

F. Engels.

I.- El problema.

En el país se asiste –desde hace más de tres décadas- al imperio del estilo neoliberal. Los resultados, en términos de crecimiento económico, distribución del ingreso y autonomía nacional, han sido desastrosos. Por lo mismo, surge la pregunta sobre el por qué esta situación no ha podido ser superada. Un factor decisivo es la conciencia social, masivamente enajenada, que hoy opera en buena parte de la sociedad. Factor que está muy ligado al impacto de medios de comunicación como la televisión, la que ejerce una especie de dictadura mediática sobre el grueso de la población.

Junto a ello, opera otro factor no menor: la capacidad del sistema para absorber o cooptar a los grupos y/o fuerzas que pretenden oponerse a sus designios. En el caso de las organizaciones partidarias que se dicen progresistas o izquierdistas, este problema se ha venido tornando más y más fuerte en el último tiempo. ¿Por qué estos sectores pierden su independencia, olvidan sus propósitos originales y terminan, en los hechos y a veces hasta en las palabras, apoyando a los regímenes políticos que decían rechazar? Estos fenómenos de metamorfosis o de “transmutación política” no son infrecuentes y conviene detenerse en su investigación. El tema es complejo y exige una muy vasta investigación. En los límites de una nota es obvio que no se puede abordar en su conjunto. Por lo mismo, en lo que sigue nos limitamos a llamar la atención sólo sobre dos aspectos que parecen significativos. Se trata de alternativas que emergen en el plano de lo económico y de lo político. La hipótesis genérica a manejar es que el fenómeno de la “absorción por el sistema” es algo que está muy ligado al tipo de opciones que se elige en tales campos.

Más concretamente, podemos señalar que la emergencia y desarrollo de una organización política efectivamente de izquierda, plantea la necesidad de asumir ciertas opciones sobre las cuales no siempre existe la claridad necesaria. Mucho menos en los tiempos actuales en que los senderos que llevan a los “cielos prometidos” aparecen envueltos en brumas y obstruidos por toda clase de avisos mentirosos. En breve, los extravíos están a la orden del día. Los dilemas son

¹ División de Ciencias Sociales, UAM-I.

variados pero aquí nos concentraremos en sólo dos: una alternativa es de carácter principalmente político y la otra opera en el espacio económico. Las pasamos a discutir.

II.- Partido de Estado versus Partido contra el Estado.

Los grupos y organizaciones progresistas se ven abocadas a elegir entre diversas y muy decisivas alternativas. De hecho, la *real naturaleza* de estas organizaciones se debe buscar no tanto en sus declaraciones sino en la práctica concreta que despliegan. En estas actividades se delinean los propósitos efectivos que se persiguen, los que muchas veces resultan muy diferentes a los discursos y proclamas (orales o escritas) que despliegan.² En este marco procedemos a distinguir entre “partidos de Estado” y “partidos contra el Estado”.

En México, valga la advertencia, la expresión “partido de Estado” se ha utilizado para designar a los partidos del Presidente de la Nación y que –se sostiene- responden con disciplina estricta, obsecuencia y servilismo, a la voluntad del ejecutivo. Esta noción es algo superficial y desemboca, en el mejor de los casos, en la búsqueda de un Parlamento más poderoso, capaz de algún regateo y negociación (en todo caso menor) con el Ejecutivo.

Por nuestro lado, entenderemos como “*partido de Estado*” a una organización política que:

- a) No busca romper con el sistema capitalista. A veces, ni siquiera romper con el capitalismo de tipo neoliberal.
- b) Son partidos financiados por el Estado. Sea en términos abiertos, conforme lo dictamina la ley (caso de México) o bien, en términos soterrados, por “debajo de la cuerda”. Es decir, por rutas ilegales y que implican actos de corrupción. Para el caso nunca se debe olvidar ese viejo dicho que señala: “el que pone el dinero, es el que ordena la melodía”.
- c) Los rasgos previos, a) y b), se deben deducir de la *práctica efectiva* de dicha organización partidaria y no de sus eventuales declaraciones, proclamas y demás.

Este último aspecto es especialmente importante pues en política la disociación entre lo que se dice y lo que se hace suele ser especialmente aguda. En México, por ejemplo, hay partidos que durante décadas han criticado al gobernante y cuando llegan al gobierno resultan prácticamente idénticos sino peores. Otros que se autoproclaman como de izquierda – aunque cada vez con menos fuerza, casi con rubor- y también resultan afines al estilo dominante. Al respecto, una muy lúcida observadora ha escrito que “el PRI ha sido un poder prepotente y que ha actuado como un dictador, siendo un partido. Se ha impuesto y amedrenta. El PAN y el PRD no han inventado una nueva forma de hacer política, ni han actuado en forma muy distinta al PRI. No han aportado nada cuando han subido al poder. No hay aquí alguien que podamos señalar, un diputado a una senadora que yo quiera oír o que quiera seguir, no existe. En México no hay una

² En los partidos de derecha, la disociación entre discurso y práctica efectiva es algo consustancial: sin ella, desaparecerían muy pronto de la vida política. Piense el lector qué sucedería si estos partidos declararan abiertamente que están al servicio de los intereses de la muy delgada capa – no más de 500 familias- que controlan la vida económica, política y cultural del país. De existir elecciones, obtendrían votaciones ínfimas. Al cabo, para mantenerse en el Poder deberían desahuciar por completo las normas de la democracia burguesa.

forma alternativa de hacer política más que la del PRI.”³ El juicio de esta gran escritora es muy certero y nos advierte cómo el poder ha asimilado al establecimiento político. Por lo mismo, vaciado de oposición real al sistema. Lo cual, dicho sea al pasar, nos advierte que la tan publicitada “transición democrática” ha sido bastante peculiar: al gobierno sólo pueden llegar los fieles al sistema.

¿Qué vamos a entender por un “partido contra el Estado”?

Primero, es un partido *anti-capitalista* y que no es subvencionado por el Estado ni por la clase empresarial dominante. Sea en términos abiertos o encubiertos. Asimismo, debe ser un partido que ataque a la corrupción y que sea especialmente implacable cuando tiene lugar en su interior.

Dado lo anterior, tal partido debe ser autónomo e independiente en materias de financiamiento. Lo cual, supone una política ad-hoc cuidadosamente diseñada y ejecutada. Se trata de obtener el financiamiento necesario y, a la vez, preservar la autonomía de la organización. Y no está demás recordar: el del financiamiento no es un problema puramente financiero. Antes que nada, es un *problema político*.

Segundo: un “partido contra el Estado” es un partido que busca avanzar a una sociedad post-capitalista. Lo cual, obviamente, no significa que procure asaltar al Poder en las próximas 24 horas e instaurar el socialismo en una semana. De lo que se trata es de *acumular fuerzas* para que esos propósitos lleguen a ser posibles. Esto puede abrir un período no corto: pero que el poder alternativo no esté a la vuelta de la esquina no debe ser pretexto para coquetear primero y llegar al amasiato después, con el Poder vigente.

Para el caso, se pueden indicar por lo menos los siguientes requisitos mínimos:

- a) Recuperar la utopía o “capacidad de soñar”. Es decir, volver a pensar e imaginar una sociedad en que “el libre desarrollo de cada cual sea la condición del libre desarrollo de todos”. Es decir, sentir que el *hombre puede ser libre y dueño de su destino*. A la vez, sentir que se trata de un *sueño posible*, capaz de materializarse en la vida de los humanos.
- b) La acumulación de fuerzas debe ser *congruente* con los propósitos de largo plazo o “últimos”. Por lo mismo, nunca abandonar ni suavizar la crítica –ideológica y práctica– a los *fundamentos* mismos del *sistema capitalista*.
- c) Se deben identificar a las fuerzas motrices de la revolución. Es decir, a las clases y/o fracciones de clase que la deben impulsar. De manera principalísima, se debe identificar a la *clase social* que deberá jugar el papel de *fuerza dirigente*.
- d) En consecuencia, se debe concentrar al trabajo partidario de acumulación de fuerzas, en torno a la clase obrera industrial.
- e) El trabajo político debe apuntar al *poder en los centros de trabajo*, dejando a la vía parlamentaria en calidad de ruta secundaria y subordinada a la principal. O sea, a la que busca el poder de los trabajadores en los *centros de producción*.

De seguro los rasgos mencionados deben discutirse en detalle. Y complementarlos con el

³ Elena Poniatowska, Entrevista en El País, 22/04/2014.

señalamiento y discusión de otros que también son importantes.⁴ Pero en esta ocasión nos interesa, antes que nada, llamar la atención sobre lo central y más decisivo. Es decir, lo que hay que discutir y replantear a fondo. Y, sobremanera, *practicarlo a fondo*.

III.- El espacio de la distribución versus el espacio de la producción.

Neoliberalismo: afanes de legitimación.

El modelo neoliberal genera un impacto en la distribución del ingreso que es brutalmente regresiva: a los pobres los hace más pobres y a los ricos más ricos. Por lo mismo, no puede extrañar que su implantación vaya asociada a regímenes autoritarios o del todo dictatoriales (caso de Pinochet). Estos fenómenos obviamente no operan a favor de legitimar al sistema: muy pocos son los beneficiados y, por lo mismo, muy pocos los que pueden estar satisfechos. En consecuencia, una vez que las fuerzas de izquierda han sido aniquiladas por la represión y dejan de ser un peligro, la orden de mando ha sido la de ensayar una vuelta –bastante tímida– a los cánones de la democracia formal. Asimismo, se empezaron a ensayar algunas políticas de gasto social con cargo a las cuales se busca suavizar la situación de los grupos más pobres. O sea, los ubicados en el escalón de la “pobreza extrema”. Se trata de apagar los posibles incendios que puede provocar la dureza neoliberal.

En cuanto a los movimientos “progresistas” y lo que antes pudo ser una izquierda política, como regla apuntaron sus críticas al aspecto distributivo al neoliberalismo. Y se olvidaron por completo del aspecto producción. Por lo mismo, tuvo lugar una especie de convergencia entre las nuevas políticas neoliberales (recomendadas por organismos internacionales como el FMI, la OCDE, algunos segmentos de las clases dominantes y el mismo Estados Unidos) y las políticas que empieza a enarbolar y proponer la oposición. Más aún, cuando estos grupos lograron acceder al gobiernos (como Lula en Brasil, Bachelet en Chile, Mujica en Uruguay), concentraron sus esfuerzos en políticas sociales de corte redistributivo.⁵ A la vez, dejaron intocados los cimientos del modelo neoliberal: en el plano de la producción, del relacionamiento externo y de la política económica. O sea, aplican un esquema neoliberal con algunas “aspirinas” o dosis de redistribución. De fondo, lo que se ha perseguido, por la derecha y por la pseudo-izquierda, ha sido la legitimación del patrón neoliberal.

El gasto social.

El llamado gasto social es variado y multiforme. De él, deben restarse el gasto que se aplica en educación y salud públicas. Significativamente, este tipo de gastos, vis a vis las necesidades de la población, se han des-privilegiado cediéndole espacio al sector privado. O sea, hay un proceso de mercantilización acelerada de la educación y de la salud. En estos rubros, empieza a imperar el lucro capitalista y, por lo mismo, si el dinero no alcanza, la gente se queda sin salud y sin educación.

⁴ Para el caso ver J. Valenzuela Feijóo, “Clases, conflictos, política. Organización para el cambio”, CEDA-INIFP, México, 2014.

⁵ Ver artículos de Roberto Pizarro (sobre Chile), de Severo de Salles y N. Ouriques (sobre Brasil) y de O. Mañán (sobre Uruguay), en V. Palacio y J. Valenzuela, “Crisis neoliberal y alternativas de izquierda en América Latina”, Ciestam (UACH), Escuela Superior de Economía (IPN), INIFPCPP, PRD; México, 2013.

Los gastos que ahora nos preocupan, son de tipo diferente. Primero, son gastos que buscan apoyar a los segmentos más pobres de la población. Segundo, como regla no implican crear u ofrecer empleos productivos a esos segmentos. Tercero, no exigen contrapartida, vg. en términos de un trabajo equivalente.

Algunos gastos operan como ayuda monetaria directa a personas y familias. En otras, el apoyo se da en términos que favorecen a la llamada “micro-empresa”: semillas, fertilizantes, créditos de costo casi nulo, etc. El impacto que estos apoyos tienen en términos de producción es prácticamente nulo y lo que sí consiguen es ayudar a la subsistencia de los grupos que reciben su apoyo.

Una segunda línea de acción apunta al manejo de precios subsidiados. Es decir, se fijan precios que están incluso debajo de los costos de operación. En México, un ejemplo muy conocido es el precio del transporte por el metro de la ciudad. Aquí, el precio ha girado entre la mitad o cuarta parte del costo de operación por pasajero. En otros rubros como electricidad, agua y otros servicios básicos, se dan situaciones parecidas. Los problemas que acarrearán estas políticas son mayores: al no cubrir los costos de operación, estas empresas deben endeudarse y pasar a pagar los intereses del caso. Además, si tratan de expandirse, sólo lo pueden hacer con cargo a nuevos endeudamientos. Con todo lo cual, se va avanzando a una carga financiera que, a la larga, resulta imposible de solventar. En este marco, surge la obvia pregunta: ¿no sería más racional generar ocupaciones productivas bien remuneradas, y aplicar una política de salarios reales crecientes que le permitan a la población trabajadora pagar los costos reales de los correspondientes servicios? En realidad, no hay que ser muy avisado para percatarse que esas políticas a la larga no se pueden mantener y sólo buscan ocultar los males que va generando una estructura económica que, por lo visto, no se puede o no se quiere modificar.

Al final de cuentas, lo que tenemos es una gran *limosna estatal*. En la cual se gastan fondos que no son menores y que, al final de cuentas, nada importante resuelven. Para mejor dimensionar el problema no se debe olvidar el telón que es estructural y de fondo: el estilo neoliberal no genera empleos productivos y lo que se observa es el incesante crecimiento de la población desplazada y marginal: cesantes abiertos, precarios, ambulantes, ilegales, sectas criminales, narcotraficantes, etc. Lo que antes pudo ser una mancha, ahora es un océano gigantesco que ya abarca a más de la mitad de la población económicamente activa (PEA).

El gasto estatal de marras genera otras consecuencias que se deben subrayar: a) en el personal que administra la distribución de los fondos tienden a irrumpir prácticas corruptas y clientelares; b) en los que reciben esos fondos, claramente se genera una mentalidad servil, propia de los que viven de limosnas. En otros tiempos, el espectáculo era más visible: los domingos, al salir de misa, las señoras más empingorotadas y esposas de hacendados, lanzaban al aire una buena cantidad de monedas. Los pobres y lazaretos, arrodillados, peleaban por esas monedas y con la cabeza agachada gritaban el “dios se lo pague, buena y santa señora”. En breve, se asume la mentalidad del pordiosero y se pasa a depender de la voluntad de otros. Los cuales, además, son los mismos causantes de esa miseria de pordiosero.

La pregunta obvia es: ¿no será mejor, más eficaz y más digno, financiar desarrollos industriales que generen empleos productivos, calificados y bien pagados? Pero, ¿es posible esa reorientación del desarrollo sin alterar profundamente los parámetros centrales del estilo

neoliberal? Ciertamente no se puede y el que no se siga ese camino es la confesión más prístina de que no se busca sepultar al neoliberalismo sino respetarlo y, dentro de lo poco que se puede, embellecerlo con una pequeña “manita de gato”.

En lo anotado también se expresa un error teórico mayor: pensar que se puede dar una transformación sustantiva en la distribución sin alterar el espacio de la producción. Es lo que pasamos a discutir.

IV.- Un alcance teórico sobre una antigua controversia.

La ignorancia esgrime frases que, a veces, tienen un eco malsano. Por ejemplo, cuando se dice, con gran desprecio, que “eso es pura teoría”. De fondo, se manifiesta aquí un rechazo por la teoría (por ende del pensamiento y la razón), que es propio de la más crasa estupidez. La discusión no va por ahí sino por el enfrentamiento entre las teorías correctas (verdaderas, profundas, verificadas empíricamente) y las teorías erróneas (lógicamente incongruentes y/o empíricamente falsas). Además, ese aserto es también reaccionario pues ninguna transformación medianamente importante puede darse sin el auxilio de una buena teoría.⁶ ¿Habría que recordar, una vez más, eso de que sin una teoría profunda no hay revolución posible?

En el caso que nos viene preocupando, resulta útil efectuar un breve recordatorio teórico.

Concentremos la atención en el sistema económico, el que es parte del sistema social. En el sistema económico se pueden distinguir cuatro grandes subsistemas: a) la producción; b) la distribución; c) el cambio; d) el consumo personal. Entre estos cuatro grandes espacios o subsistemas, tienen lugar: i) relaciones de influencia mutua: un aspecto influye sobre los otros y viceversa; ii) tales relaciones son asimétricas: la influencia de un subsistema sobre los otros suele ser más potente que el que opera en sentido inverso. O sea, hay espacios económicos que son más importantes (poseen un poder regulador mayor) que otros; iii) en el caso que nos preocupa, que es el del sistema económico: la hipótesis más plausible y comprobable es la que sitúa al espacio de la producción como el más importante y decisivo. O sea, es el que tienen mayor poder causal. Por ejemplo, al revés de lo que sostiene la teoría neoliberal, no es el consumidor individual el que determina qué tipo de bienes se va a producir sino que, muy al contrario, son las grandes empresas de producción, las que definen qué se va a producir y luego, qué se va a consumir. La Coca-Cola, por ejemplo, se consume no por una decisión primaria de los consumidores sino por la presión de las grandes corporaciones que producen esa bebida y por la vía de una propaganda que atosiga, terminan por convencer (u “obligar”) al consumo de tal refresco.

Entre producción y distribución también existen relaciones asimétricas. Y que van, en el sentido del poder causal (o “poder de determinación”), desde el espacio de la producción al espacio de la distribución. Como bien apuntaba Marx, “es equivocado en general, tomar como esencial la llamada *distribución* y hacer hincapié en ella, como si fuera lo más importante.”⁷

Precisemos los conceptos. Por esfera de la *producción* entendemos el conjunto de relaciones sociales que organizan y regulan la actividad de los hombres en el proceso de

⁶ “Aquel que bien pretende obrar / tiene que usar la mejor herramienta”. J. W. Goethe, “Fausto”.

⁷ C. Marx, “Crítica al Programa de Gotha”, en Marx-Engels, Obras Escogidas, Tomo 3, pág. 16. Edit. Progreso, Moscú, 1974.

producción.⁸ Por *distribución* se entiende la forma y proporción en que se reparten los resultados de la producción, ente los diversos grupos sociales. Más precisamente, entre las diferentes clases sociales. Por ejemplo, entre asalariados y capitalistas. Marx, en este respecto, escribía que “por relaciones de distribución se entiende aquí los distintos títulos que autorizan a percibir la parte del producto destinado al consumo individual”.⁹ Contemporáneamente, se habla de distribución del Ingreso Nacional.

Sobre las relaciones de causalidad entre producción y distribución, valga insistir sobre el punto, Marx es muy terminante. En su célebre comentario al programa de los socialistas alemanes, escribía “la distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y esta distribución es una característica del modo mismo de producción. Por ejemplo, el modo capitalista de producción descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción le son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa es solo propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones materiales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría, por sí solo, una distribución de los medios de consumo distinta de la actual. El socialismo vulgar (y por intermedio suyo una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción, y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución.”¹⁰

El espejismo de la distribución ha contaminado a procesos de corte más radical. En el Chile de Allende, por ejemplo, se empezó (fines de 1970 y a lo largo de 1971) con un fuerte impulso a la participación salarial (salarios sobre Ingreso Nacional) y ya hacia 1972, surgieron presiones inflacionarias y sobre el balance de pagos muy difíciles de controlar. La razón era muy clara: la oferta no respondió en la medida necesaria. Es decir, la variable producción no se acomodó a la variable distribución y se generaron desequilibrios inmanejables. En este contexto, el gobierno de Allende, que en plano político no fue más allá de la ocupación del aparato estatal tradicional, no fue capaz de controlar algunos centros de producción vitales y buscando controlar la inflación, corto de cuajo la capacidad de acumulación del incipiente sector productivo estatal.

La moraleja que se pudo extraer parece nítida: la distribución se puede mover solo en la medida que lo hace la producción. Esta es la que precede y regula. Si este principio no se respeta, emerge algo parecido a un caos económico. En otras experiencias latinoamericanas, se han observado, en mayor o menor grado, fenómenos parecidos. Señaladamente este parece ser el caso de Venezuela, la que en los últimos años (Chávez-Maduro) viene experimentando un fuerte proceso inflacionario.

⁸ Producción = actividad que genera productos. Entendiendo por productos los resultados que son útiles en cuanto son capaces de reproducir la vida de los humanos y/o los medios de producción que utilizan en su trabajo.

⁹ C. Marx, “El Capital”, tomo 3, página 812. FCE, México, 1974.

¹⁰ C. Marx, “Crítica al programa de Gotha”, pág. 16. Edición citada.

Conviene subrayar: cuando se elevan sustancialmente los salarios (y en general, el ingreso de los segmentos populares), no sólo se eleva la demanda en términos inusitados. También, se altera fuertemente su composición. Luego, tenemos que la respuesta de la oferta no sólo debe apuntar a fuertes y rápidos incrementos en la producción de bienes-salarios. También es necesario que opere un cambio en la composición del producto, el que debe pasar a corresponderse con la nueva composición de la demanda. Ninguna de estas exigencias es sencilla. Elevar la producción difícilmente tiene lugar de un día para el otro: requiere elevar la inversión y que esta madure, algo que es lento y difícil. Cambiar la composición exige fuertes traslados de recursos y también un fuerte esfuerzo de acumulación. Nada que sea sencillo e inmediato. Las dificultades crecen si se piensa que en el marco de un gobierno popular y con masas radicalizadas, el sector privado difícilmente va a impulsar y ejecutar las inversiones adecuadas. Lo que en realidad hacen los capitalistas es incurrir en una especie de huelga productiva. O, si se quiere, paralizan la inversión. Por lo mismo, si la dinamización de la oferta no la hace el Estado, nadie la va a hacer. Como sea, el punto a subrayar es: si la variable producción no se mueve y transforma de cuajo, todo intento por mover la distribución con un mínimo de vigor, estará fatalmente condenado al fracaso.